

CARTA DOMINICAL

12 DE NOVIEMBRE DE 2017

ECO DE LA PALABRA

La verdad del dinero

No deja de sorprender, para bien o para mal, la importancia que el dinero tiene en nuestra vida. Las teorías, los planes, los proyectos, en cualquier ámbito de la vida humana de nada sirven si no cuentan, de alguna manera, con el dinero. Cuando se escuchan discursos llenos de entusiasmo, se oye la voz del realista “sensato” que dice: “está bien, pero eso ¿quién lo paga?, ¿de dónde saldrá el dinero?”; o bien la advertencia de aquel experimentado en la vida, que observa: “¿a quién beneficiará todo eso?, ¿quién sale ganando?”; y ante una exhortación a practicar la solidaridad y la justicia, alguien que responde: “pero éste que predica, ¿tendrá tanto entusiasmo a la hora de rascarse su propio bolsillo”? Frecuentemente las grandes utopías políticas se vienen abajo cuando llegan al terreno de la economía real.

Sin compartir la teoría de Karl Marx, que afirmaba que la economía era el motor y la base de toda la historia humana, hay que reconocer que el dinero constituye un factor decisivo, aporta una auténtica inyección de realismo y una prueba de la veracidad de las ideas. Conozco una persona, ya mayor, de espíritu bastante crítico en todo, que a la hora de sopesar la autenticidad o el valor evangélico de un movimiento o un grupo, siempre dice: “Y ¿qué hacen con su dinero?, ¿son capaces de desprenderse de lo propio para compartirlo?” He podido leer estos días un libro, síntesis de muchas y serias investigaciones históricas, cuyo autor, Peter Brown, muestra el efecto “revolucionario” que tuvo en la historia del final del Imperio Romano la llamada de Jesús al joven rico: “Anda, vende todo lo que tienes, da el dinero a los pobres y sígueme... Es más difícil que entre un rico en el Reino de los Cielos...”

Si nos fijamos en el Nuevo Testamento, el dinero, las monedas, los bienes materiales, están presentes casi en cada capítulo. La famosa colecta en beneficio de los pobres de la Iglesia de

Jerusalén merece dos capítulos en la Segunda Carta de San Pablo a los Corintios...

En definitiva, parece que el amor se hace “verdadero” cuando toca el bolsillo. Y también el egoísmo, de manera que el dinero es instrumento de virtud o de pecado según el corazón de quien lo maneje.

Como cada año celebramos el “Día de Germanor”. Es el día en que intensificamos nuestra generosidad para poner en común bienes a favor de toda la comunidad diocesana. He aquí uno de los momentos en que ponemos a prueba “la autenticidad de nuestro espíritu de comunión”. Este espíritu de comunión hoy lo expresamos con la imagen de la familia: sencillamente somos una familia y, por tanto, compartimos los bienes.

Nadie pondrá en duda que, cuando el padre o la madre traen a casa el sobre con el sueldo (como ocurría antes, que se cobraba en efectivo cada mes) o cuando van ellos mismos al supermercado (y también los abuelos con más frecuencia) y cargan con la compra o cuando dedican tiempo al cuidado de todos, en la limpieza o en la cocina, sin escatimar esfuerzos, lo hacen porque se sienten familia; esa razón ya es suficiente, no hay que dar más explicaciones. Es el espíritu de familia el que nos empuja a compartir. Y cada gesto hace verdadero el afecto familiar. Y cada carencia de gestos que pongan en común los bienes es una denuncia de falta de amor familiar.

Que el Día de Germanor manifieste el parentesco que nos une en la Iglesia Diocesana. Será una prueba de que más allá de las palabras y de las buenas intenciones, nuestra hermandad es verdadera.

† Agustí Cortés Soriano
Obispo de Sant Feliu de Llobregat